

HUMBERTO GARCÍA DE LA MORA

El papado en la Historia

Esta semana dará inicio el cónclave que elegirá al sucesor de Benedicto XVI. La elección papal tendrá lugar a raíz de la abdicación de Joseph Ratzinger al “ministerio de Obispo de Roma” y “sucesor de Pedro” —según asienta en su carta de renuncia—, y en medio de la crisis más profunda que se vive en la Iglesia católica desde la época de la Reforma protestante del siglo XVI: las revelaciones de la correspondencia personal del ahora Papa emérito —en el affaire conocido como VatiLakes—, los escándalos de pederastia clerical y encubrimiento eclesiástico, el desplome porcentual del catolicismo en el mundo —y el consiguiente éxodo de fieles a otras confesiones—, y diócesis declaradas en quiebra a causa de las indemnizaciones millonarias en favor de las víctimas de abusos perpetrados por clérigos. Esta realidad acompañará a los 15 cardenales que, reunidos en la Capilla Sixtina a puertas cerradas, elegirán al Sumo Pontífice de la Iglesia católica. En esta colaboración, estimados lectores, comparto con ustedes algunos aspectos de la historia del pontificado, desde sus orígenes, ad hoc con el desarrollo del presente cónclave.

En contra de lo que afirma la tradición, el apóstol Pedro no fue obispo de Roma ni el primer Papa. El historiador Raymond E. Brown, en ese tenor, refiere que “el Apóstol Pedro nunca ofició como Obispo ni Diácono de Iglesia alguna, incluidas Antioquía y Roma”; y agrega: “Los que lo califican como Obispo no lo están honrando, sino al contrario, rebajándolo de su papel histórico único de Apóstol. Es anacrónica la tesis de que Pedro fue Obispo de Roma, dado a que el Apostolado está muy por encima de la función de un obispo local: Pedro fue Apóstol, y esa fue su gran honra (...). Apenas en el siglo III, Pedro será llamado obispo de Roma” (Raymond E. Brown, *Antioch and rome. New Testament cradles of catholic christianity*, p. 164). La Enciclopedia Judaica Castellana robustece lo anterior: “No existen pruebas históricas de que Pedro haya estado alguna vez en Roma” (tomo VIII, p. 375). En suma, el Apóstol Pedro no gobernó la Iglesia desde Roma ni dejó sucesores que lo representaran. Sobra decir que nunca ostentó el título de Papa ni fue reconocido como tal por sus contemporáneos.

El orden jerárquico que Jesucristo estableció en su Iglesia fue el Apostolado: «En el siglo I, existía una jerarquía bien definida, no pudiendo ser colocados en el mismo plano el Apóstol Pedro y sus coadjutores [obispos]. Al caer el primer siglo, no existía episcopado monárquico, y mucho menos primado romano [...] En el primer siglo, la dirección la llevaban los Apóstoles. No puede haber duda ninguna que ellos constituían la autoridad reconocida por todos” (Bernardino Llorca, et al., *Historia de*

la Iglesia católica, tomo I, BAC, p. 268). No puede documentarse en los dos primeros siglos la existencia de un “ministerio papal”, propiamente dicho, ni de un “obispo universal” ni de un “sacerdocio ministerial”.

El ministerio papal, históricamente hablando, no existió durante los primeros siglos, como tampoco la figura del “obispo universal” ni la del “primado romano”. Ninguno de los dogmas creados en torno al papado se confeccionaron en los primeros siglos. Aún en el tercer siglo, el Obispo de Roma no era más importante que las ciudades orientales como Alejandría o Antioquía. A partir del siglo VII el papa Gregorio I (590-604), tomó el sobrenombre de *Servus Servorum Dei* (J. Marx, *Compendio de historia de la Iglesia*, p. 38). Fue hasta el año 1073 cuando el papa Gregorio VII, en su *Dictatus Papae*, comenzó a prohibir a los católicos llamar Papa a nadie que no fuese el Obispo de Roma. El paso definitivo hacia la consolidación del papado, como monarquía absoluta, lo dio Gregorio VII (1073-1085).

Con el colapso del Imperio romano, los “sucesores de Pedro” no serían más los sirvientes sino los amos del mundo. Se vestirían de púrpura como Nerón y se llamarán a sí mismos *Pontifex Maximus* y ordenarán en el nombre de Jesús que todos los que no estuvieran de acuerdo con ellos fueran torturados. Conscientes de su poder, los papas comenzaron a actuar como reyes y llegaron a nombrar y a deponer a los emperadores, alegando que imponían el “cristianismo” a sus súbditos. El historiador Karlheinz Deschner refiere que “tan pronto como la Iglesia [católica romana] se encontró en una posición de fuerza, dejó de rechazar la violencia para pasar a ejercerla por ‘todos los medios’” (Karlheinz Deschner, *Historia criminal del cristianismo*, tomo I, Barcelona, Martínez Roca, 1990, p. 248). Episodios como la “querrela de las investiduras”, la “iconoclastia”, la “persecución a disidentes”, “las indulgencias”, “la Reforma Protestante”, “la Inquisición”, entre otros episodios cruentos, forman parte de la historia del papado. Falta espacio para hablar del triple papado, de la venta al mejor postor de los obispados, de las sedes vacantes, etcétera.

Uno de los aspectos que se rescatan del cónclave que está por iniciar, sin lugar a dudas, es el de mantener viva la memoria. La historia es una lucha contra el olvido. Esperar un cambio de timón en la Iglesia Católica con la asunción del nuevo Pontífice, en el contexto antes mencionado y con una historia milenaria marcada por la intolerancia hacia el diferente y la ambición del poder temporal, es una quimera. Por algo, la sabiduría popular nos recuerda que “el zorro puede cambiar de pelaje pero no de mañas”.